

NARRACIÓN Y LEYENDA

Adela Rojas Marín*
Míriam Jiménez Cubero *

000197117

Definición y procedencia

La narración, podría decirse, es una relación de hechos, generalmente pasados que remite al acontecimiento en el que alguien dice algo para alguien acerca de algo que ha sucedido y que siempre es posterior al acontecimiento al que se refiere.

La narración no sólo se da en el campo de la literatura, también está presente en casi todas las actividades humanas.

La leyenda es también una narración, es algo definido concretamente: una narración tradicional, fantástica, que combina en sorprendente contraste unos hechos extraordinarios con una referencia concreta de lugar y de personas bien sean históricas o imaginarias, de acuerdo con criterios de Lloréns.

La leyenda equivale a una historia popular e incluso cuando trata temas religiosos se separa del mito y narra lo que ocurrió en el mundo una vez concluida la creación. Tanto el narrador como su audiencia creen en ella y abarca un gran número de temas: los santos, los hombres lobo, los fantasmas y otros seres sobrenaturales, grandes aventuras de héroes y heroínas reales, explicaciones de aspectos geográficos y toponímicos.

En la leyenda se indica el lugar con precisión, los personajes son individuos determinados, los actos tienen un fundamento que parece histórico y generalmente son de tipo heroico. La leyenda puede definirse como una narración tradicional relacionada con hechos imaginarios que se consideran reales.

En las leyendas aparecen muertos que regresan del más allá, fantasmas, apariciones diabólicas, castigos inexplicables y hechos sobrenaturales, muertos que resucitan, almas en pena y muchos hechos catalogados como irreales.

Posterior a la época colonial, las gentes que por curiosidad leían o escuchaban los relatos espantables de esos días, manifestaban que todo había sido supercherías, invenciones de gentes oficiosas, de mentes predisuestas y, lo que fueron ocurrencias, sucesos verdaderos avalados por las autoridades de su tiempo, se convirtieron en sabrosos cuentos y leyendas.

Hoy, ante la ocurrencia de nuevos y portentosos hechos similares a los ocurridos hace siglos, la ciencia moderna los ha aceptado y catalogado dentro de algo que llama parasicología, telequinesis, fenómenos paranormales e inexplicables, aceptando y ratificando estos sucesos que parecen no ser más que la repetición de aquello que se negaron a aceptar en otros tiempos.

Por esto, gente de todas las partes y de todos los tiempos han escuchado y seguirán escuchando con una diáfana ingenuidad los relatos, las tradiciones, las leyendas y las antiguas crónicas; unas que apenas soslayaron ojos ávidos y torpes en antiguos códices ideográficos, esotéricos y misteriosos; otras que aún yacen olvidadas en polvorientos y húmedos archivos, entre pergaminos carcomidos, en escritura de tinta desleída y caracteres dibujados por acuciosos monjes.



Y aún queda la herencia que hoy se busca registrar y rescatar, que es el relato de los viejos, las tradiciones y mitos orales que se han venido repitiendo de generación en generación como un legado cultural que de ningún modo se debe esquivar y desaprovechar.

Y así, tradiciones, leyendas y mitos, una mitología asombrosa de hechos increíbles en los que se mezclaban hombres y dioses, estrellas y animales, elementos y movimientos telúricos, con el devenir de los antiguos pobladores del Anáhuac, se han ido eslabonando estas hermosas cuentas de abalorio, esta encajería de una urdimbre que aún deleita y asombra y pone a los lectores a pensar si en verdad han ocurrido tantos hechos, unos sombríos y sobrenaturales otros y el motivo por el cual ya no ocurren.

Para muchos estudiosos la leyenda, al igual que la poesía y el teatro, su génesis está en el elemento religioso, nace sobre todo de las creencias totémicas y animistas del nacimiento de las razas y de los pueblos primitivos. Por esto, es justificable encontrar leyendas que tratan de hechizos y talismanes o de virtudes y hechos extraordinarios que se refieren a ciertos animales, plantas u objetos, como encarnaciones de personas en bestias así como sus transformaciones por obra del amor, en príncipes llenos de gallardía, ternura y seductora firmeza.

Además de lo anterior, un buen número de leyendas tienen su origen en mitologías paganas, como las de Grecia y Roma. Asimismo, en dos mil años de cristianismo, la iglesia ha dado campo abierto a la leyenda que se nutre de la Biblia, de la vida de Cristo, forjando narraciones más allá de lo que permiten los datos evangélicos inspiradores de milagros históricos e imaginarios, de historias de santos, en fin, subrayando y exagerando unos hechos prodigiosos realizados en vida y después de muertos o inventándolos.

La leyenda como patrimonio popular y común de la humanidad.

Es difícil responder a las preguntas sobre los motivos y razones por las cuales se narra,

la función y los temas de la narración, pero sí hay una evidencia: se narra para llenar un vacío entre dos puntos, sean estos espaciales o temporales: desde tiempos inmemoriales, durante las largas caminatas de las peregrinaciones se narra y se sigue narrando; en los ratos de ocio que mediaban entre la faena y el descanso también se narra.

Cuando la leyenda acierta a dar en el corazón del pueblo para la que ha sido creada, éste la toma y la adopta como suya, de esta manera la pulen y la minan, centran la atención en los personajes que les parecen más importantes, cambian los personajes de acuerdo con su interés y la transmiten de generación en generación. Es en este momento, que la leyenda pasa a ser del patrimonio popular, se tararea en la plaza pública, se recita como poema, es conversación de ancianas, hasta que se convierte en obras cultas, recogidas y escritas por clérigos o literatos quienes las ponen en forma escrita.

La leyenda va ligada a un pueblo concreto, a un país o religión. Ella viene al mundo de la mano de las creencias de ese pueblo, en donde convergen elementos del ambiente, creencias, condiciones étnicas, históricas o psicológicas de una colectividad. En algunas ocasiones, ellas nacen en culturas locales rindiendo homenaje a quienes veneran, como por ejemplo una roca, cuya forma dispare en la imaginación de las gentes la idea de un gigante encadenado o de un animal fantástico; una fuente de agua a la que se le atribuyen cualidades maravillosas, o un bosque que infunde terror a los caminantes y por lo tanto está lleno de espíritus; puede ser también un árbol, un monasterio, un castillo, una torre en ruinas, una princesa convertida en sapo, etc. Como consecuencia, cualquier motivo que a la vista de un pueblo resalta algo misterioso, da como corolario quizá una leyenda. De esta manera, todos los relatos que se cuentan entre los integrantes de una cultura, tienen indudablemente un valor estético, histórico, literario, filosófico y cultural, puesto que son el producto de una sociedad concreta.

Al consolidarse las sociedades y las culturas, el acto de narrar y los sujetos que narran también cambian: del césped se pasa a los salones; los narradores populares son sustituidos por narradores cultos y respaldados por mecenas. La popularización de la escritura que se inicia con la aparición de la imprenta, debilita el dominio de la palabra oral y con ello se privilegia la escritura como una manera de aprehender lo que con la oralidad parecía efímero, se fija e individualiza lo que era patrimonio colectivo y que pasaba de generación en generación; la narración empieza a iniciarse en un autor y a pertenecerle y deja de ser lo que en otro momento fuera solo una versión de una historia que venía de otros tiempos y otros creadores para continuar su trayecto.

La leyenda tiene un paladar, un sabor de cosa ligada a la tierra y a la etnia. Con el paso del tiempo, ese pueblo que crea su leyenda, entra en contacto con otros pueblos y otras culturas e intercambian sus patrimonios culturales, sus creencias, sus ideas, sus hallazgos y fantasías, así España hace a Carlomagno nacido en Toledo y Ulises se convierte en el fundador de Lisboa o Eneas el troyano de Roma, y leyendas nacidas a orillas del Ganges pasan a Persia y de ahí a los árabes y a todo el norte de África, España, Italia, Francia, América, etc.

Estas narraciones tradicionales expresan el sentir de cada grupo, algunos relatos llevan dentro de su trama enseñanzas de diversos tipos, convirtiéndose en transmisoras de ideas

* Adela Rojas Marín. Filóloga, etnógrafa en el campo de la literatura, la lingüística populares. Ha participado en proyectos de investigación en los mismos campos.

* Míriam Jiménez Cubero. Lingüista, investigadora en el campo de la literatura y la lingüística. En la actualidad trabaja con las leyendas costarricenses, tanto en la academia como en un proyecto de investigación.

morales, ideas míticas y religiosas que tratan sobre creencias ancestrales o tradicionales del grupo, o bien explican los fenómenos de la naturaleza y el origen de las cosas.

Se produce así una gran conexión e intercambio de historias, temas, protagonistas y ambientes y de esta forma la leyenda pasa a ser un patrimonio de toda la humanidad.

Afirma Lloréns (1998:11,12) "así se da este aparecer de motivos iguales en tan diferentes épocas y regiones que dé pie a establecer una genealogía de leyendas buscando filiación o paternidad entre ellas. Pero en un buen número de ocasiones tales vínculos son falsos, pues sucede que hay un fondo de creencias, de situaciones, de recursos y de fuentes inspiradoras de carácter legendario que ocasionan leyendas sumamente parecidas sin que exista entre ellas una real interdependencia".

En la época prehispánica, en Mesoamérica también existían narraciones transmitidas en forma oral, relacionadas con su mitología y creencias religiosas, así como con las hazañas de sus héroes o diferentes acontecimientos históricos. Ejemplo de ello son los mitos nahuas en los que se menciona la existencia de cuatro mundos anteriores al que existía en ese momento: el primer mundo destruido por los tigres, el segundo por el viento, el tercero por el fuego y el cuarto por el agua. De esta manera, los nahuas, vivían en el que ellos llamaban el quinto sol, que según sus creencias sería destruido por temblores de tierra.

También, en Costa Rica, según estudios de Stocker en la Península de Nicoya, en Matambú de Hojancha de Guanacaste, una de las tres zonas que integran la Reserva Indígena Chorotega, aún conserva leyendas y tradiciones populares de la época de la Conquista: los sustos y apariciones extrañas donde hay entierros antiguos. Sus historias se dividen en dos tipos, las de espíritus y las de brujas. Las primeras tratan de asuntos sobrenaturales del otro mundo; las historias de brujería, sobre hechos humanos. Algunos de estos espíritus que se han visto o escuchado en Matambú no son únicamente de esta zona. Se oyen historias de algunos de estos mismos espíritus en varios lugares de Costa Rica y algunas también existen en diversas partes de América Latina, otras parecen ser solo guanacastecas.

Con la conquista llegaron nuevos relatos que poco a poco se fueron incorporando a la tradición de los distintos grupos indígenas, algunos se fundieron con otros relatos y empezaron a coexistir elementos de las narraciones, manifestándose en muchos casos un sincretismo en la literatura oral y posteriormente también en la escrita.

En la narración queda la huella del deseo por vencer el olvido, la desaparición, la muerte, la narración trata de sobreponerse a la fuerza del presente por extinguir el pasado. El narrar, el contar, retarda un final, el silencio: Scheherazada, quien mata la muerte narrando durante mil y una noches, es el mejor ejemplo.

Bibliografía

- Gennep A. van. *La formación de las leyendas*. Editorial Futuro. Buenos Aires, 1943.
Lloréns Camp, Ma. José. *Leyendas celtas*. Ediciones Mateos. España, 1998.
Rojas, Adela y Rónald Solano. *Narración y muerte*. En: *Certamen de cuento y poesía*. Sede Región Chorotega. Liberia. UNA, 1989.
Stocker, Karen. *Historias matambuseñas*. Editorial de la Universidad Nacional. Heredia. Costa Rica, 1998.



SUBCOMANDANTE MARCOS: EL EMBLEMA HUMANISTA DE LA UTOPIÍA

Berny Berrocal Morales *

La igualdad, la distribución equitativa de la riqueza y el bienestar común físico y espiritual de las naciones ha sido el más añorado objetivo arrastrado por la humanidad desde sus propios orígenes.

La religión, la democracia, socialismo y capitalismo —entre muchas otras— fueron concebidas como doctrinas o corrientes de pensamiento universal, que trataron de mostrar la senda o producir el modelo edificante para ese primer y por tanto principal valor humano: la uniformidad entre los seres.

Excede mencionar la paulatina marcha hacia el fracaso que estos movimientos emprendieron en determinado lapso histórico, teniendo como génesis común el momento en el cual adquirieron un tinte dogmático y repulsivamente autócrata. Esto último da al traste con la cadencia de ideas, generando un adepto estado que se codea con el idiotismo generalizado de las masas, las cuales, paradójicamente, en su búsqueda de una fórmula de igualdad se convierten en presa fácil de los hambrientos grupos de poder, quienes inteligentemente han sabido aprovecharse de una consigna de dimensiones utópicas para abarcar influencia y dominio.

En nuestra América Latina, lacerada históricamente desde 1492, han surgido una extensa cantidad de intelectuales y próceres quienes, más que encomendarse a un acervo de tratados, han labrado —como debería ser deductivo imaginar— el camino hacia el más puro valor humano a través del humanismo, originándose de la sencilla necesidad de dignificarse como "iguales". Sentido común, racionamiento lógico, propio de una zona del orbe que ha visto y llorado con los ojos del pueblo los innumerables conflictos de una rebeldía labrada.

Latinoamérica, más que nunca, se ha acostumbrado y ha adoptado muy bien el papel de cenicienta mundial; nos regimos por política exterior propia de un mundo "globalizado" y jugamos la partida según se nos indique, cada

movimiento. Por desgracia, las diseminadas apelaciones Latinoamericanas no pasan de ser comparadas a veces con berrinches infantiles.

El surgimiento de eminentes personajes en pro de una causa cuyas raíces realmente se originen de la clase oprimida, genera la confianza de quienes aspiran al cambio, dada la plena identificación para con dicho propósito.

Son esos personajes, de aire más que quijotesco, humanos que elevan la insignia de los sectores marginados para vencer la utopía y alcanzar el sueño. El pan de fe y de acción es y seguirá siendo derecho de todos.

Cuando el 31 de diciembre de 1993, el presidente mexicano Carlos Salinas de Gortari, levantó diluido en su copa de un Tratado de Libre Comercio con las otras dos naciones norteamericanas, jamás imaginó, que mil kilómetros al Sur de su algarabía por un supuesto ingreso al primer mundo, un emblema hecho hombre con pasamontañas, gorra estilo Mao, cañón de fúsil a la vista y una inseparable pipa, veía la luz junto con el grito de 1.300.000 almas indígenas, demandando "democracia, salud, tierra y libertad".

El subcomandante Marcos, el "Sub", como le conocen en la principal ciudad chiapaneca, "La Realidad", había engendrado el Ejército Zapatista para la liberación nacional (EZLN). Los primeros enfrentamientos cobraron la sangre de decenas en unos doce días. A partir de ese momento, Marcos se convirtió en icono de quienes, según sus propias palabras, "se oponen y desafían el triunfo de la máquina neoliberal".

Esconde su identidad, más no su cara; dejó de ser trascendente el que hasta 1983 fuera profesor de teoría de las artes gráficas en

* Alajuela, 1979. Estudiante de la Escuela de Agronomía, UNA. Escribe ensayo y cuento. Ha participado entusiastamente en los talleres de la Práctica de la Creación literaria (CEG, 2001).